

Históricas Digital

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario general salió de Guatemala en prosecución de la visita de aquella provincia”

p. 5-9

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



[CAPÍTULO LIII]

*De cómo el padre comisario general salió de Guatemala en
prosecución de la visita de aquella provincia*

Despachada ya por la provincia la patente de la visita, como está dicho, salió el padre comisario del convento de Guatemala a visitar los que quedaban, sábado doce de julio ya salido el sol; y pasado un arroyo por una puente de piedra y andada una legua de camino bueno, llegó al pueblo y convento de Almolonga, que también se llama la Cibdad Vieja, por haber estado allí antiguamente fundada la cibdad de Guatemala, como atrás se dijo; hízosele allí muy solemne recibimiento, así por parte de los indios como de los frailes. El pueblo es bonito y de mucha recreación; está situado en la halda del volcán de agua que reventó el año de cuarenta y dos; danse en él muchos y muy buenos duraznos, manzanas y tunas y peras maravillosas; en unos lugares de aquella guardianía danse muy buenos cardos y todo género de hortaliza, y danse algunos magueys de los de México, que han plantado los mexicanos que fueron con los españoles cuando la conquista, los cuales unos son de Tlatilulco, otros de Xuchimilco, otros de Tepeaca y otros del mismo México, y otros hay también tlaxcaltecas, pero a todos los llaman por allá mexicanos; sin éstos hay en aquella guardianía otros muchos indios guatemaltecas o achíes; todos hicieron al padre comisario mucha caridad y gran fiesta.

Pusieron en el patio de la iglesia un *volador*, que es un palo muy alto, hincado en el suelo muy fijo y fuerte; en la punta de este palo, allá en lo alto, tenían hecha una rueda a manera de devanadera y en ella cogidos cuatro cordeles gruesos, a los cuales se ataron cuatro indios, a cada cordel el suyo, vestidos todos de color, con unas alas muy grandes y sendas sonajas en las manos, y dejándose caer todos cuatro a un punto atados por medio del cuerpo, bajaron poco a poco como volando, tañendo sus sonajas hasta que cayeron al suelo, que cierto era muy de ver; luego subían otros y luego otros y otros, y así regocijaron la fiesta.

Dentro de aquel pueblo nace un buen arroyo que corre por medio de las casas con que riegan los indios sus milpas y huertas. Menos de una legua de allí, a la halda del volcán de fuego, en una visita de aquel convento, llamada San Antonio, hay una fuente de agua caliente, en la cual se bañan españoles e indios y hallan provecho para muchas enfermedades; de allí la llevaron al convento para que la viese el padre comisario, y aún estaba tibia. El convento está acabado con su claustro alto y bajo, dormitorios, celdas e iglesia y huerta, es todo de tapiería de rafas de piedra, cal y ladrillo; hízole el rey, y es el mejor que entonces había en la provincia; moraban en él cuatro religiosos, visitólos el padre comisario, y detúvose con ellos dos días en que llovió muy bien. En la pared de la iglesia de aquel convento, dentro de la capilla mayor, están los huesos de la mujer del adelantado Alvarado, y de las demás mujeres que mató el volcán cuando reventó el año de cuarenta y dos. Pasáronlos allí el de ochenta desde el convento viejo que estaba un poco más abajo, el cual se desamparó por estar fundado en lugar muy húmedo y malsano; desde aquel convento llevó el padre comisario por intérprete, para todos los demás de la provincia, a fray Juan Martínez, maravilloso lengua achí (que es el que dejó por comisario de la provincia cuando fue a Nicaragua), porque en todos hablan los indios aquella lengua; iba también en su compañía su secretario y fray Lorenzo Cañizares, que ya estaba sano de su enfermedad, y fray Cristóbal López, un lego que había ido de México.

Lunes catorce de julio salió el padre comisario muy de madrugada de Almolonga, y andada una legua de camino llano a la banda del sur, llegó a un pueblo de indios achíes llamado Alotenango, visita de Almolonga, y aunque era muy de noche estaban todos a aquella hora aguardándole con muchos arcos y ramadas, con música de flautas y trompetas; agradecióselo y pasó adelante. Diéronle indios que le alumbraron con hachas de *ocote*, que es tea de pinos, y al salir del pueblo llegó a un río que se hace del arroyo que nace de Almolonga, y otro que pasa por entre Almolonga y Guatemala, y de otro que corre por junto a Guatemala, a la banda del poniente, porque todos tres se juntan cerca de Almolonga, y como aquellos días había llovido mucho, traía mucha agua e iba muy furioso; guiaba un fraile de Almolonga y echó por el vado, siguiéndole el padre comisario, pero por ir hondo y tener muchas y muy grandes piedras, se vieron en grandísimo peligro, pero al fin salieron, algo mojadas las piernas. A este río vino a dar el agua de la laguna del volcán que reventó (como dicho es), y por allí fue a parar al Mar del Sur; parécese el día de hoy la quebrada que dejó hecha, desde lo alto del volcán hasta lo llano. Pasado aquel río prosiguió el padre comisario su viaje por la halda del volcán de fuego, y yéndole bajando vio muchas cañadas que descienden de

lo alto peladas sin yerba ni árboles, y muchas quebradas o ramblas de la misma manera, que dicen se hicieron cuando (como queda dicho) reventó el volcán y echó de sí fuego el año de ochenta y dos por el mes de enero, y que descendió por allí tanta abundancia que lo dejó raso y pelado, y aun dicen que era un licor ardiendo y hecho fuego, que no se pudo saber si era metal o qué cosa fuese, más de que fue a parar al Mar del Sur, y que de camino destruyó el pueblo que queda dicho.

Pasada después una gran barranca llegó el padre comisario, antes que amaneciese, a otro pueblo llamado San Pedro, de los mismos indios achíes, visita de Almolonga, una legua de Alotenango, donde toda la gente estaba junta, indios e indias, y le recibieron con mucho contento y devoción; agradecióselo, y yendo por el pueblo prosiguiendo su viaje, oyó voces de hombre afligido que llamaba en lengua castellana, como pidiendo favor. Envió allá el padre comisario un fraile a ver lo que era, el cual halló que era un mestizo, que es hijo de español e india, que tenían los indios preso en el cepo porque les había hurtado unos caballos, y él quería que lo soltasen, diciendo que iría por ellos y se los traería, pero los indios no querían darle libertad hasta tener en su poder sus caballos. Pasado aquel pueblo, y andada otra legua, en que había unas malas barrancas con tan malos pasos que tuvo necesidad de apearse, llegó el padre comisario al salir del sol a otro pueblo llamado Malacatepec, visita del convento de Ciquinala. Antes de llegar a aquel pueblo se pasan en aquella legua tres riachuelos: el primero era de agua turbia y de mal color, el cual nace del volcán de fuego, y aunque en su nacimiento (según dicen) es caliente, cuando llega allí va ya fría, y aun dicen que cuando reventó aquel volcán de fuego y echó por arriba los ríos de fuego que quedan referidos, echó asimesmo por abajo muchas corrientes de agua caliente, la cual mató toda la pesca que halló en los ríos y arroyos donde entró, sin que quedase ninguna, y que nunca después ha habido ningún pescado en ellos; el otro riachuelo venía turbio de la mucha agua que había llovido, pero el tercero, con estar muy cerca de este segundo, traía el agua muy clara y muy linda. Allí en Malacatepec descansó como media hora el padre comisario, y luego volvió a su camino, y andada otra legua, y pasados en ella tres ríos y seis arroyos, llegó a otro pueblo de la misma guardianía de Ciquinala, llamado San Andrés, donde estaba el guardián y otro religioso, los cuales con los indios le hicieron muy solemne recibimiento. Dijo luego misa el padre comisario, oyéronla los frailes y todo la gente, y después de haber comido y descansado un rato partió de aquel pueblo como a mediodía, y andada media legua, en que se pasa un río y dos arroyos, llegó a otro pueblo pequeño de la misma guardianía, llamado la Asumpción; salieronle a recibir los vecinos puestos en procesión, con su cruz.

Pasó adelante, y andada legua y media en que se pasan veinticuatro arroyos y cuatro ríos, los dos de éstos de muy mal vado, por las muchas piedras, llegó a otro buen pueblo de la misma guardianía, llamado San Francisco, donde asimesmo estaban los indios aguardándole puestos en procesión, con música de flautas y trompetas. Dioles las gracias y pasó adelante, por poder hacer la jornada de aquel día antes que lloviese, y pasado allí junto al pueblo otro buen río que llaman de San Francisco, y andada media legua, llegó a otro bonito pueblo de la misma guardianía llamado Santiago, donde asimesmo se le hizo muy buen recibimiento, y apenas hubo llegado, cuando comenzó a llover y no cesó el agua en toda aquella tarde y parte de la noche. Llegó el padre comisario muy cansado y quebrantado de la madrugada tan grande y del excesivo calor que hizo aquella siesta y tarde, y del camino pestilencial que había traído, porque casi todo él (excepto la legua que hay de Almolonga a Alotenango) es pestífero, lleno de barrancas, cuestras y piedras, con muy malos pasos, cavado en la tierra y piedra, tan angosto y estrecho que apenas puede caber por él una cabalgadura; es toda aquella tierra de cacauatales, y mucho más de mosquitos que los defienden. Riéganse aquellas huertas con los arroyos y ríos referidos, los cuales todos (excepto el que corre por junto a Alotenango) salen del volcán de fuego; hace por allí mucho calor y danse niguas como en Guatemala.

En aquella guardianía de Ciquinala, que también se dice de la Costilla, no hay convento hecho, y así los frailes, que de ordinario son cuatro, andan por los pueblos administrando los santos sacramentos y predicando a los naturales, pero donde están más de asiento es en Ciquinala y en Santiago, donde (como dicho es) llegó el padre comisario y estuvo aquel día y el siguiente. Visitó los frailes, los cuales con los indios quedaron muy consolados; hablan los de aquella guardianía la lengua guatemalteca o achí, que por vocablo más particular se llama cakchekel, y todos caen en el obispado de Guatemala.

Aquellos indios achíes son de mucho brío y muy devotos de nuestro estado, andan los varones vestidos como los de México, pero traen el cabello largo y afeitado, las mujeres asimesmo visten como las mexicanas, excepto que usan rodetes en las cabezas, hechos de los mismos cabellos entranzados, mayores que los de las españolas, y andan tocadas como beatas o como viudas castellanas, cosida la toca desde abajo de la barba hasta el cabo. Usan los indios en toda aquella tierra caliente unas como capas o mucetas, hechas de hojas de ciertas palmas, con que se cubren cuando en los caminos les llueve, y cubren asimesmo las cargas que llevan a cuestras, y así no se mojan; tráenlas consigo, cuando caminan, cogidas y

atadas, que pesan poco y hacen poco estorbo y mucho provecho; llámense en aquella lengua *tut*, y en la mexicana *zoyocal*.

[CAPÍTULO LIV]

De algunas cosas que pasaron en este tiempo en la provincia del Santo Evangelio de México

Aquel mismo día que el padre comisario general llegó a la provincia y guardianía de Ciquinala, o un día antes, que fue a trece o a catorce de julio, andando el provincial de México ejercitando su oficio, con la autoridad de la Audiencia y favor del virrey, llegó al valle de Toluca con tres o cuatro frailes, a una visita del convento de Calimaya, y porque comenzó a llover; tronar y relampaguear, lleno de miedo y temor se recogió con los dichos frailes a una ermita, por librarse del agua, y estando allí todos juntos, alrededor del provincial que estaba sentado en una silla, cayó un rayo y dio en la pared de la ermita, con que todos cayeron en tierra sin sentido (excepto el provincial, que por estar sentado no cayó), y estuvieron como media hora, pero volvieron en sí y el uno de ellos se halló sin la vista de un ojo, que aunque le tiene claro no ve con él cosa ninguna; los demás quedaron molidos y atormentados y el provincial no se pudo tener en los pies en gran rato. Todo esto se supo después de boca del mismo fraile que había perdido la vista, y no carece de misterio este caso a tal sazón y en tal tiempo; parece que el Señor quería por esta vía y con esta muestra y señal de su ira e indignación, apartar al provincial de aquel mal camino que había tomado y llevado, pero él se hizo sordo a este toque y llamamiento, como a otros muchos que adelante se verán.

[CAPÍTULO LV]

De cómo prosiguió el padre comisario su visita

Miércoles diez y seis de julio, habiendo el padre comisario general visitado los frailes de la guardianía de Ciquinala en el pueblo de Santiago, como dicho es, salió de aquel lugar antes que amaneciese, y andadas dos leguas y media por entre muchos cacauatales y pasados en ellos dos ríos y diez y